

Las peregrinaciones en la religiosidad medieval

JOSE ORLANDIS

A José María Lacarra, historiador de las peregrinaciones a Compostela.

ASCETICA DE LA PEREGRINACION

Las peregrinaciones fueron un acontecimiento de tal magnitud en la historia de la Europa medieval, que bien merecen que se las considere desde muy distintos puntos de vista: en el aspecto religioso y en el cultural, en el artístico o en el económico. Desde todos ellos el fenómeno presenta interés, porque las repercusiones de la peregrinación en cada uno de estos terrenos fueron extensas y profundas.

Pero las peregrinaciones para ser adecuadamente comprendidas, necesitan considerarse dentro del marco histórico y cultural de la época en que surgieron. Necesitan, sobre todo, situarse en el contexto espiritual del hombre y de la sociedad europea de la Edad Media. Porque las peregrinaciones, por muchos que sean los ámbitos existenciales en que incidieron, fueron por encima de todo un hecho religioso y sería deficiente en su misma raíz cualquier enfoque que desconociera una tal realidad. Un hecho religioso, pues, que necesita contemplarse con adecuado conocimiento de su entorno: con conocimiento del modo de ser propio del cristiano del Medievo y con noticia también del ambiente en que se desarrolló la vida religiosa de Europa, durante los siglos de la Cristiandad.

Importa, en efecto, reflexionar sobre el significado que la peregrinación tuvo en la religiosidad de la Edad Media, y sobre las razones, los fines y hasta los estados de alma que movieron a los hombres —a cada hombre— a lanzarse a la aventura de la peregrinación; a hombres concretos, uno a uno, pero a tantos, que la suma de decisiones individuales engendró uno de los fenómenos religiosos y sociales más importantes de la Europa medieval. Tratemos de aproximarnos a la época en que nació el fenómeno y a sus hombres, en un intento de captar el sentido profundo y a la vez muy simple que tuvo la peregrinación para el cristiano de la Edad Media.

La peregrinación suponía en primer lugar el abandono del hogar, del círculo familiar propio y de la relativa seguridad que allí encontraba el hombre medieval, para emprender un viaje que en aquellos siglos tenía mucho de aventura con toda su secuela de peligros, privaciones e incomodidades; e incluso con muchas probabilidades para el peregrino de morir en el camino y no regresar nunca a su casa. La peregrinación tenía, pues, un claro sentido ascético, era en sí misma un prolongado ejercicio de ascesis; de una ascesis

cuya última inspiración era la Biblia, como puso de relieve Baudoin de Gaiffier en una sugerente introducción al estudio de las peregrinaciones medievales. También Abraham recibió de Dios la llamada a ponerse en camino, a salir de su tierra, de su gente y de su casa, hacia otra tierra que el Señor le destinaba (*Gen. XII,1*). ¿Y acaso la vida del cristiano en la tierra no es toda ella *peregrinatio* hacia la Patria, acaso no somos todos *viatores*, caminantes a través de un mundo en el que no tenemos morada definitiva (vid. *Hebr. XIII,14*) siguiendo las huellas del Maestro, que no tenía donde reclinar su cabeza? (vid. *Mt. VIII,20*).

2. LA «PEREGRINACION PERPETUA»

Este radical componente ascético que existe en toda peregrinación explica la aparición de la idea de *perpetua peregrinatio*, que cristalizó en los primeros siglos medievales. La peregrinación puede no concebirse tan solo como un episodio aislado, un viaje más o menos largo hacia un lugar más o menos remoto; pudo concebirse también como una situación permanente, un estado de vida. ¿Por qué no tendría cabida en la espiritualidad cristiana un *status* de vida ascética consistente en abandonar patria y hogar, para errar sin descanso, como forastero en tierra extraña? Hay que advertir que el Occidente cristiano miró de ordinario con recelosa desconfianza este tipo de ascetismo itinerante. San Agustín censuraba con acritud a los monjes *circumeuntes*, trotamundos errantes, monjes de nombre y de hábito, pero que desacreditaban el monacato y obraban a impulsos del diablo. La Regla de S. Benito no trata mejor a los «giróvagos», monjes inquietos «que se hospedan tres o cuatro días en distintos monasterios, siempre vagabundos y nunca estables... de cuya misérrima vida es mejor callar que hablar». (*Reg. I*). Decididamente, la tradición dominante en la espiritualidad cristiana occidental no era favorable al ascetismo itinerante. El Occidente monástico se mostró resueltamente partidario de la soledad y la estabilidad.

El monacato céltico fue la excepción. Los monjes celtas de Irlanda y Escocia de los siglos VI y VII tuvieron un temperamento aventurero, que se avenía mal con la vida sedentaria y estable, entre las tapias de un monasterio. Entre esos monjes se generalizó la *peregrinatio pro Christo, propter Deum*, «por amor del Reino de los Cielos»: una forma de renunciamiento ascético, que les impulsaba a peregrinar sin descanso durante la vida entera, sin retornar nunca a la tierra natal. En el monacato celta, encontramos plenamente reconocida la peregrinación como *status*, como modo estable de vida. Pero el monje peregrino no se limita a caminar siempre, sino que anuncia la palabra de Dios a gentes extrañas con las que se encuentra en el camino. De este modo, el monje celta itinerante se hizo a la vez predicador y misionero. El apostolado misional de estos ascetas celtas llevó el anuncio evangélico, primero a los pueblos paganos de la vecina Escocia y luego, con S. Columbano o Saint Gall, hasta el corazón del continente europeo, apenas cristianizado o todavía gentil. Los monjes peregrinos celtas eran hombres de vanguardia cristiana y su misión fue más de heraldos del Evangelio que de organizadores de unas estructuras eclesiásticas. Esta tarea sería ya obra de otros hombres y de otro momento histórico. Pero es indudable que los ascetas itinerantes, los peregrinos apostólicos salidos de las Islas Británicas, llenan con toda justicia

un capítulo pródigo en heroísmo de la historia de la cristianización de la Europa bárbara.

La «peregrinación perpetua» –acabamos de verlo– constituyó un peculiar estado de vida consagrada al ascetismo. Pero es hora ya de que nos ocupemos del peregrino medieval en el sentido propio del término: el cristiano que transitoriamente se hace peregrino, y para el cual la peregrinación es un episodio que llena sólo una hora de la vida. Entre estos peregrinos, hubo sin embargo una categoría bien diferenciada del común de los romeros y que tenía ciertas analogías con los peregrinos perpetuos: los que cumplían una peregrinación penitencial. Las peregrinaciones penitenciales, modernamente estudiadas por Cyrille Vogel, se distinguieron claramente de la simple peregrinación religiosa, aunque ésta se realizara también con espíritu de penitencia y mortificación cristiana.

3. LA PEREGRINACION PENITENCIAL

Tal como la palabra lo indica, la peregrinación penitencial se imponía como pena expiatoria a los autores de grandes crímenes, de grandes pecados. En la historia de la disciplina penitencial cristiana, la peregrinación penitencial vino a ser equivalente de la penitencia pública y se impuso muchas veces a personas que por su misma condición –clérigos, monjes– no podían asumir el estado de públicos penitentes. La penitencia pública –como es sabido– era una condición de vida, que a menudo se prolongaba durante largos años, al final de los cuales el penitente recibía el perdón sacramental y era reconciliado con la Iglesia. La peregrinación penitencial tuvo también en su principio, muy marcada, la nota de la temporalidad. Consistía en caminar sin rumbo fijo, pero sin descanso, durante el tiempo señalado por el obispo o confesor que impuso la penitencia. Marchar siempre, en un estado de crónica inseguridad, desasistido frente a cualquier riesgo. Era una peregrinación que no conducía a ninguna parte, sino que duraba un cierto tiempo. Un tiempo que podía ser largo, a juzgar por el modelo de *litterae tractoriae* que figura en las «Fórmulas de Sens» y en el cual la duración de la peregrinación era de siete años. Las *litterae tractoriae* eran como el certificado –el salvoconducto– que acreditaba la condición penitencial del peregrino; las expedía el obispo, y en ese documento se hacía constar, no solo la duración de la penitencia, sino también el crimen cometido.

La peregrinación penitencial se hacía a veces todavía más gravosa, por las condiciones en que había de cumplirse cuando así lo exigió la enormidad del crimen cometido. Había peregrinos que caminaban durante años, descalzos, vestidos de harapos y cargados de cadenas. Una forma de peregrinación penitencial, propia de las cristiandades insulares, era la peregrinación por mar. La célebre «Navegación de S. Brendan» es el relato de la peregrinación marítima del abad del monasterio de Conflert, en expiación por la muerte de su hermano. Una epopeya que valió a S. Brendan amplia popularidad y un culto que se extendió por el litoral europeo, desde el Báltico al Mediterráneo.

La peregrinación penitencial experimentó una transformación importante, a partir del siglo IX. Los penitentes, en vez de vagar sin rumbo fijo por los caminos de la tierra o del mar, comienzan a dirigir sus pasos, como el resto de los peregrinos, hacia santuarios famosos o sepulcros de santos. A partir de

entonces, Roma se convierte cada vez más en punto de destino de las peregrinaciones penitenciales. Se relaciona esto con la ampliación de la jurisdicción del Papa en materia penitencial, es decir, con la extensión de las llamadas «reservas de pecados». Los crímenes más graves pasaron a ser pecados reservados al Papa, cuya absolución solamente él podía otorgar. Los peregrinos penitenciales tomaron desde ahora el camino de Roma, donde el Pontífice romano o su Penitenciario mayor les concederían un perdón y una reconciliación, que únicamente allí podían encontrar.

4. LA PEREGRINACION RELIGIOSA

Pero tratemos ya de la peregrinación pura y simple, sin adjetivos, que fue sin duda la que llevaron a cabo la gran mayoría de los peregrinos medievales: una peregrinación que no pretendía convertirse en estado de vida, ni era tampoco dura penitencia impuesta para la reparación de un pecado grave, de un gran crimen. Es la «peregrinación religiosa», llamada así porque sus motivaciones eran sobre todo la piedad y la devoción. Podemos presumir –como dijimos– que la gran masa de peregrinos que recorrieron Europa, en dirección a Santiago, Roma o Jerusalén, fueron estos «peregrinos religiosos». Intentemos acercarnos a ellos, para contemplarles de cerca, para tratar de averiguar los caminos que llevaban, para inquirir cual era su estado de ánimo y los móviles que les habían inducido a emprender la gran aventura ascética de su vida.

Cuando la Edad Media había rebasado ya su momento estelar, el Dante –su máximo exponente literario– hacía una clasificación de peregrinos, que demuestra que en su época el esquema ideológico de la peregrinación medieval se hallaba ya perfectamente perfilado. En la «Vita nuova», la más antigua de sus obras menores, el Dante establece tres categorías de peregrinos, atendiendo al santuario a que acudían: los «palmeros» –«palmieri»– que iban a Ultramar, es decir, a los Santos Lugares y de donde traían muchas veces como recuerdo las palmas que les dieron el nombre; los «romeros» –«romieri»– que iban a Roma, a hacer su «romería»; y por último, los que llevaban simplemente el nombre genérico de «peregrinos» –«peregrini»– que parecen ser los peregrinos por excelencia y que, en palabras del Dante –y el hecho es bien significativo–, son «los que van a Galicia, a la casa de Santiago».

Pero hasta llegar a la época en que el cuadro sistemático de los peregrinos se hallaba tan bien definido, había tenido que pasar mucho tiempo. Cuando el Dante escribía, la peregrinación cristiana contaba ya con largos siglos de historia; mil años casi hacía, que los peregrinos cristianos venían recorriendo los caminos del mundo. Si tomamos otra vez como orientación el esquema bien aprovechable de Baudoin de Gaiffier, puede establecerse que los puntos de destino hacia los cuales se dirigieron los peregrinos fueron fundamentalmente estos: ante todo, los lugares sacros de la geografía cristiana, aquellos especialmente santificados por Dios, entre los cuales la primacía indiscutible corresponde a Tierra Santa, la tierra donde nació y vivió el Hijo de Dios, donde murió y resucitó, los Santos Lugares en que se obró la Redención de la Humanidad. Un ilustre hijo de *Gallaecia* –Idacio, futuro obispo de Chaves–, a principios del siglo V, siendo todavía un adolescente, hizo esta peregrinación a Palestina, desde su lejano occidente natal. A mediados del siglo VII,

sabemos que el intento de peregrinación a Tierra Santa del gran asceta gallego, S. Fructuoso, fue impedido por el duque Dogilán de Lugo, que se opuso resueltamente a su partida.

Un segundo foco de atracción para la piedad cristiana fueron desde muy pronto las tumbas de los Mártires. Para acudir a ellas y venerar los cuerpos santos de estos testigos de Cristo, que dieron la vida por su Nombre, viajaron desde primera hora los cristianos. Entre esas tumbas tuvieron una justificada preeminencia en el favor de los peregrinos los sepulcros de los Apóstoles, discípulos escogidos del Señor y las columnas de la iglesia. A partir del siglo VI, comenzó a acudir también en peregrinación a los sepulcros de algunos santos que no habían sido mártires, sino confesores eminentes de la fe. La inmensa popularidad que alcanzó San Martín, y que atrajo multitudes a su basílica de Tours, hizo nacer la primera peregrinación a la tumba de un santo confesor. Los peregrinos se sintieron atraídos, por último, a ciertos lugares donde florecía la santidad cristiana, con el afán de poder ver y oír a hombres que ya en vida gozaban de fama extraordinaria por sus virtudes. Los ascetas y padres de Egipto y sus famosas soledades de la Tebaida o de Scete, constituyeron desde la época romano-cristiana un gran atractivo, para peregrinos llegados a veces desde los mas remotos lugares.

5. ¿POR QUE PEREGRINAR?

Si nos preguntamos ahora –y les preguntásemos a ellos– por las razones que impulsaron a los peregrinos a ponerse en camino, hay una respuesta que podría darse por descontada y que constituye el denominador común, junto a cualquier otra suerte de motivaciones particulares: la piedad religiosa, la devoción, el deseo de orar en el lugar de destino, la esperanza de conseguir una gracia. Los peregrinos tuvieron también, casi siempre, una motivación de tipo ascético, aunque no fuese estrictamente penitencial. La peregrinación en la Edad Media –lo advertimos ya– no constituía un viaje de placer; era siempre una odisea incómoda y erizada de dificultades. Peregrinar suponía ya de por sí un ejercicio de ascesis, requería espíritu cristiano de penitencia, y llevaba implícita siempre una intención de expiar las propias culpas.

El afán de conseguir reliquias –la de la Santa Cruz, la más preciosa, pero también reliquias de santos, más deseadas a medida que se desarrolló su culto– sería muchas veces, cuando menos, un aliciente adicional de la peregrinación, aunque hubo ocasiones en que el propósito de obtener esas reliquias era la principal finalidad de la misma. ¿Cuál era si no el verdadero móvil que llevó al arzobispo don Diego Gelmírez a Braga, a la tumba de S. Fructuoso, mas que el premeditado designio de perpetrar el «pío latrocinio» y traerse el cuerpo del santo a Compostela, como en efecto logró, con gran riesgo pero con lisonjero éxito? Y no se crea que el «pío latrocinio» de Gelmírez fuera un hecho insólito. Mucho antes, a mediados del siglo IX, Audaldo, un monje de la abadía aquitana de Conques había consumado otro santo latrocinio, todavía, quizá, más difícil y arriesgado: se adentró en la España musulmana, tras el cuerpo de S. Vicente Mártir, dio con él en Valencia y llevándolo consigo emprendió el regreso hacia su monasterio franco. Para desgracia suya, al pasar por Zaragoza fue descubierto, no por los moros, sino por los cristianos de la comunidad mozárabe, y el obispo Senior le obligó a dejar en la ciudad la

preciada reliquia. Años más tarde, los monjes de otro monasterio franco, el de Castres, lograron por fin llevarse allende el Pirineo los restos del santo levita y mártir.

Hubo peregrinos, en fin –aunque quizá no sean muchos–, en los que puede rastrearse un cierto interés histórico-erudito: el deseo ilustrado de una mejor información. Nada había de profano, ni menos aún de pecaminoso, en una tal curiosidad. S. Jerónimo la justifica sin reservas: «se comprende mejor la Sagrada Escritura –dice– cuando se ha visto con los propios ojos la Judea y se han contemplado las ruinas de sus antiguas ciudades». Esta curiosidad piadosa y erudita es lo que hace todavía hoy tan atractivo el relato de la peregrinación por los Santos Lugares de una ilustre gallega de finales del siglo IV, la virgen Eteria. El viaje de Eteria es mucho más que una simple peregrinación; es, como dice el título del relato, un *Itinerarium*, un recorrido prolongado y sin prisas por lugares sagrados, que interesaban vivamente a un espíritu bien despierto como el suyo, a un tiempo religioso y observador.

6. LA PEREGRINACION «ILUSTRADA»

Eteria, a la vez que una virgen consagrada a Dios sería una señora rica en bienes de fortuna, como aquellas grandes damas de la aristocracia romana, dirigidas de S. Jerónimo que abrazaban por entonces la vida ascética e incluso fijaban su residencia en Palestina. La riqueza de Eteria se echa de ver en la abundancia de medios con que hacía el viaje. Era aquella, además, según parece, una hora en que la Romanidad se mantenía todavía incólume, bajo el poderoso cetro del emperador hispano Teodosio, cuya muerte coincidió, probablemente, con el viaje de Eteria. La virgen gallega era una mujer influyente, a la que acogían con la máxima deferencia obispos y monjes, y que en las etapas más peligrosas de su itinerario viajaba acompañada por una escolta de legionarios romanos, que se relevaban al paso por los sucesivos puestos y guarniciones.

El *Itinerarium* nos ha llegado incompleto y cubre tan solo una parte del viaje de Eteria. Durante tres años, quizá, Jerusalén fue su base de operaciones y desde allí, insensible a la fatiga y con audacia admirable, la viajera recorrió cuantos lugares reclamaban su piadosa e ilustrada curiosidad. Subió al Sinaí y al Horeb, y contempló la zarza desde donde Dios habló a Moisés; en otra excursión recorrió la Samaría, visitó el sepulcro de Job, los recuerdos del profeta Elías y el «jardín de san Juan», el lugar del Jordán donde el Precursor bautizó a Cristo; cruzó el Eufrates y se adentró en Mesopotamia, deseosa de conocer en Edesa el sepulcro del apóstol Tomás y el palacio del rey Abgar. Para visitar la patria de Abraham, llegó hasta los peligrosos confines del Imperio persa. De camino hacia Constantinopla, se detuvo en Tarso, en la tumba de Sta. Tecla; y cuando escribió su relato, Eteria tenía en proyecto una nueva excursión a Asia, desde la capital imperial donde entonces se encontraba, con el fin de orar ante el sepulcro del apóstol san Juan.

Una consideración todavía a propósito de *Itinerarium* de esta singular peregrina. El sincero espíritu religioso que en todo momento la anima no es óbice para que Eteria contemple con interés humano y hasta con curiosidad femenina todo cuanto sus ojos van descubriendo. Las observaciones personales que intercala en el relato contribuyen a infundirle vida y colorido. Cuan-

do llega a orillas del mar Rojo, Eteria comprueba que su agua no es roja ni turbia, sino azul como la del océano; y encuentra exquisitas las langostas que allí se pescan y las muchas clases de peces que contiene, tan sabrosos como puedan ser los del Mediterráneo. Otro día, cuando el obispo de Segor, desde la cumbre del monte Nebo, le muestra el lugar junto al mar Muerto donde estaba la mujer de Lot convertida en estatua de sal, Eteria se esfuerza inútilmente por distinguirla: «creedme, venerables señoras –escribe a sus correspondientes en Hispania– por más que miré, sólo vi el lugar donde estaba la estatua; de la estatua, ni rastro».

7. SIGNIFICADO DE LA PEREGRINACION

Parece oportuno antes de poner término a esta exposición, hacer aún algunas observaciones sobre lo que significó la peregrinación en la vida religiosa del hombre medieval. Es evidente que para muchos cristianos de la Edad Media, la peregrinación que un día hicieron al lugar de su particular devoción constituyó el mayor acontecimiento de su vida y su recuerdo les serviría para siempre de inolvidable punto de referencia. Por eso, no es extraño que una peregrinación sirva para datar documentos y que pueda fecharse así una donación a Leire, al parecer de finales del siglo XI: «dado en el año en que doña Goto –la donante– fue a San Martín de Tours». Pero la peregrinación era además un riesgo cierto, un viaje del que podía muy bien no regresarse nunca. Por eso, resulta comprensible que, antes de partir, muchos peregrinos hicieran testamento u otro acto de disposición de bienes, y que estos actos tuvieran un intencionalidad espiritual muy marcada, como correspondía a la circunstancia en que se encontraba la persona de su autor.

En el año 1111, una señora navarra, Sancha Jiménez, emprendía la peregrinación a Compostela; antes de salir, disponía en favor de Sta. María de Irache de unas tierras en Muez, que la abadía adquiriría inmediatamente, si doña Sancha moría en el camino, o más adelante –después de su fallecimiento– si regresaba a su patria. Pocos años después, un matrimonio estellés, en trance de peregrinar al Santo Sepulcro de Jerusalén, entregaba diversos bienes a los mismos monjes de Irache, para que les socorriesen con sus oraciones. Un cierto Pedro Gutiérrez se había adelantado a estos esposos, pues marchó a Jerusalén en 1100, al año siguiente de la conquista de la Ciudad Santa por la primera Cruzada. Pedro, antes de salir, hizo donación de varias propiedades –que serían todo su patrimonio– a la abadía leonesa de Sahagún, con la sola condición de que, si regresaba con vida, los monjes le mantendrían hasta el final de sus días.

Podrían aducirse cientos o miles de testimonios semejantes. Era lógico, además, que un fenómeno religioso y humano de tal dimensión y que afectaba tanto a la existencia personal del cristiano, hubiera de encontrar un eco en la liturgia de la Iglesia; y efectivamente, lo tuvo. Se compuso una *Benedictio peregrinorum*, bendición de los peregrinos que el párroco impartía a la puerta de la iglesia a la que seguía la entrega de los distintivos de peregrino, el báculo y la alforja. En la Baja Edad Media –según Vogel– en ciertos lugares hubo incluso Misas especiales –la de los Reyes Magos, la de S. Rafael– que se celebraban en la ceremonia de salida de peregrinos. Al regreso, los peregrinos asistían a una Misa y recibían en ella la Sagrada Eucaristía.

La peregrinación –tal es la conclusión a que llegamos– ocupó un lugar preeminente en la religiosidad medieval. El peregrino cubrió los caminos que llevaban a los lugares santos de la Cristiandad, y a su paso prosperaron ciudades, se construyeron hospederías, surgieron hospitales, se incrementó el comercio y variaron las estructuras mismas de la sociedad europea. De ahí, el interés que el fenómeno de la peregrinación encierra para toda suerte de historiadores. Pero, por eso mismo, importa mucho no tomar lo accesorio por principal. Hay que tener la lucidez de proclamar, en aras de la verdad histórica, que la peregrinación fue un hecho esencialmente religioso, producto del espíritu de fe que animó al cristiano de la Edad Media. La fe medieval dio vida a la peregrinación y es la única explicación científicamente válida de la Europa peregrina. Todo lo demás, el impacto de las peregrinaciones en la Literatura y el Arte, en la Economía o el Derecho, tienen para el historiador el mayor interés; pero sin perder nunca de vista que eso no constituye el núcleo, la esencia del gran fenómeno histórico; son, simplemente, sus consecuencias.